Nacer dos veces: entre la supervivencia y el amor

Michael Pérez
Nacido en Bulgaria en 1992
Adoptado en Gipuzkoan en 2003

Crecí entre dos mundos: fui adoptado cuando tenía 10 años y, a partir de entonces, tuve que aprender a vivir en un nuevo país, en una nueva lengua, en una nueva cultura y en un modo de entender la vida completamente diferente. Al principio, la adopción no era más que una idea abstracta para mi aita y mi ama, y, con el tiempo, se convirtió en un viaje profundo y humano que construimos entre los tres; un camino lleno de lecciones que no aparecen en los libros y en las guías.

En ese camino, viví con las heridas del abandono, con dificultades para aceptarme a mí mismo y ser aceptado como hombre gay, buscando permanentemente la aceptación de las otras personas y sufriendo en silencio problemas de salud mental y conductas alimentarias. Durante muchos años, anduve en busca de un lugar al que pudiera llamar hogar; en busca de un espacio en el que sentirme comprendido, aceptado y suficiente.

Aprendimos juntos que las adopciones tardías no son historias perfectas, sino algo que se construye con la presencia incondicional, con la paciencia y con el amor que ha perdurado incluso en los momentos más duros

Pero todas aquellas tormentas no me rompieron, me transformaron. Y si hoy en día me acepto con orgullo y sin miedo, es porque mi aita y mi ama adoptivos nunca dejaron de estar a mi lado, aunque muchas veces nadie sabía cómo afrontar el difícil camino al que la vida nos había conducido. Aprendimos juntos que las adopciones tardías no son historias perfectas, sino algo que se construye

con la presencia incondicional, con la paciencia y con el amor que ha perdurado incluso en los momentos más duros. Y quizá lo más hermoso sea esto: que sin compartir la sangre, terminé pareciéndome mucho a ellos. En mí perviven la fuerza y la sensibilidad de la ama y también muchos gestos y modos de actuar aprendidos de mi aita. Por tanto, sí, ama y aita: contra toda lógica, heredé vuestros genes.

